

Pirayú

Se cuenta que en las aguas profundas del río Paraná, vive un pez que causa temor entre todas las criaturas del humedal. Aves, reptiles y hasta pequeños mamíferos huyen despavoridos ante su imponente presencia. Su apariencia es inconfundible: cuerpo robusto y dorado, con brillantes escamas y aletas amarillo anaranjadas. Quienes lo vieron, murmuran que en su boca esconde un secreto.

Esta es la historia de “Pirayú”, una dorada que hace unos años, también fue una pequeña alevín temerosa. Pirayú nació en una laguna de aguas calmas y creció junto a otros pequeños peces formando un cardumen para

protegerse del peligro que los rodeaba. Cada día, numerosas aves pescadoras los acechaban. Sobre las ramas de los viejos sauces, el martín pescador; en la orilla, el biguá y la garza blanca.

Un día hubo una gran crecida del río, el agua aumentó su caudal y la laguna desbordó. Aguas corrientosas alejaron a Pirayú de su cardumen y pronto se vió



desolada ante la inmensidad del río. Aún así, la pequeña dorada continuó con su nado hasta llegar a la barranca, donde se encontró a una vieja del agua que le preguntó:

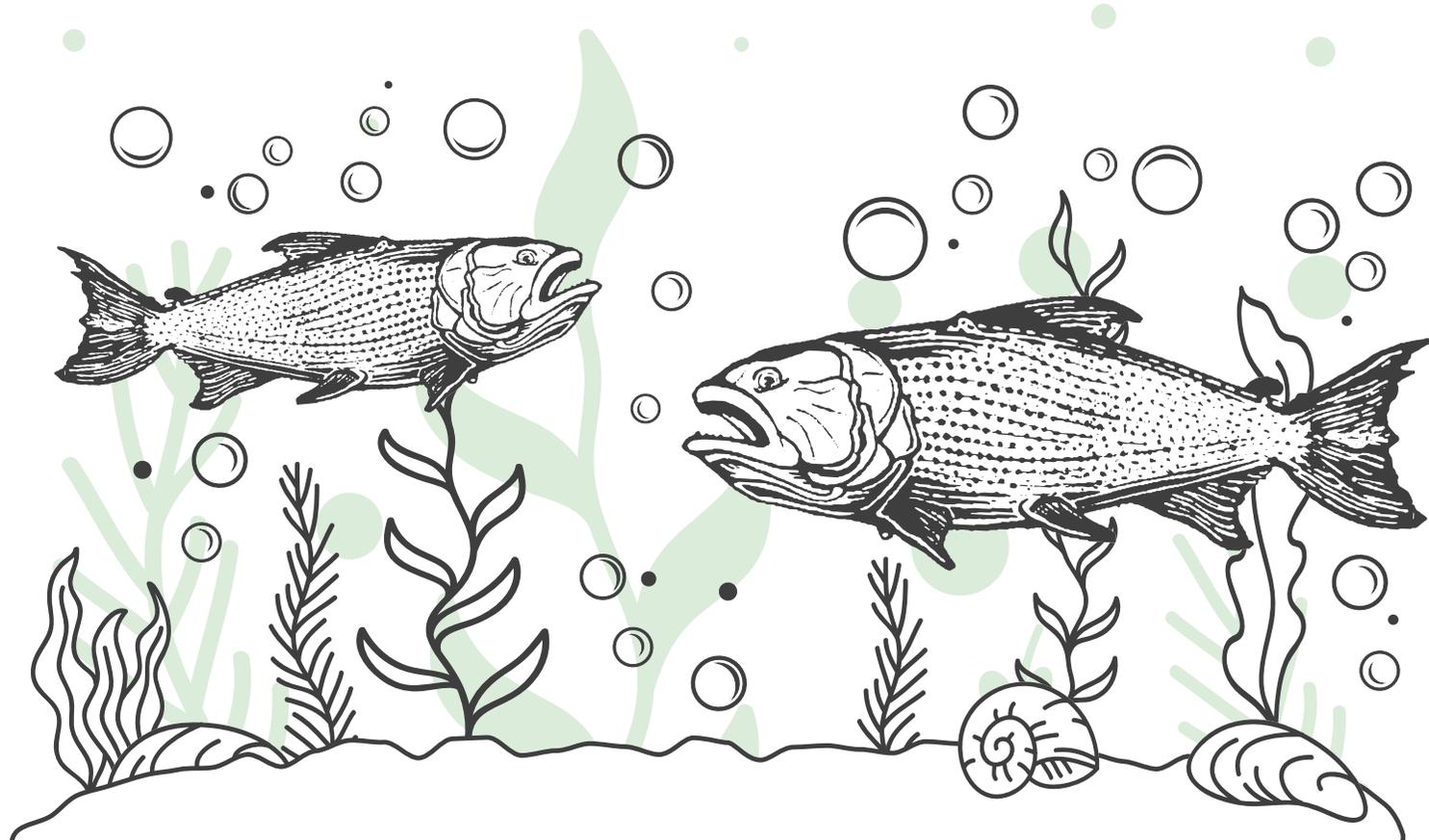
- ¿Qué hace una pequeña dorada nadando sola por el canal principal?
- ¿Este es el canal principal? ¿Cómo puede ser? ¡Si estaba en una laguna! Le respondió Pirayú, preocupada.
- ¡Ay, pequeña peccecita! No tenés idea de los grandes peligros a los que te expones en esta zona profunda del río.
- Perdí a mi cardumen y no sé dónde encontrarlos, respondió Pirayú.
- ¡Hoy es tu día de suerte! Hace un instante pasó un grupo de peces de tu misma especie. Se dirigían hacia el norte, si te apurás aún los podés alcanzar.

- Así fue que la pequeña dorada, agradecida con la ayuda de la vieja
- del agua, emprendió su viaje en

busca de su cardumen. Empezaba su recorrido, pero a unos pocos metros, se encontró con un pez enorme, de boca grande, largos bigotes y piel brillante. Intentó detenerse, y de repente vió que el pez se acercaba hacia ella en un nado decidido y a medida que el enorme bagre se aproximaba, su aterradora boca se abría. Recordó las advertencias de la vieja del agua, pero ya se encontraba en la oscuridad y en el interior de la temible boca del bagre. Muy asustada, Pirayú dió una fuerte aleteada intentando huir. ¡Justo a tiempo! El Surubí cerró su enorme boca y expulsó una gran masa de agua que liberó a Pirayú.

Rápidamente recuperó su aleteo y nadó velozmente en dirección al norte. Ya muy cansada, por fin vió a un grupo de brillantes pececitos nadando hacia lo lejos, aceleró su nado y exclamó: ¡Ey, soy una Dorada! ¡Pertenezco a su cardumen!

Uno de ellos escuchó el grito y alertó a los demás. Pirayú, aliviada, se unió al grupo.



Poco a poco fue creciendo en la seguridad de su cardumen. Durante el viaje, se alimentó de otros peces como sábalos, moncholos y amarillos. Cuando nadaba hacia la superficie comía ranas, insectos y langostas. Fue entonces, cuando conocieron el secreto que escondía en su boca: dos hileras de afilados dientes que usaba para alimentarse.

A veces, Pirayú se acuerda de aquel lejano encuentro con el Surubí, de quien ya no debía temer: la dorada se había convertido en la gran cazadora del río Paraná.